Textos de afuera





Brisa descontrolada, efectiva y vital

Andrea Carolina Cruz

Literata con énfasis en Periodismo de la Universidad de los Andes. Productora de Cine y Televisión de la Universidad Nacional de Colombia. Estudiante de Producción de Cine en la Vancouver Film School.

Siempre me es difícil explicar lo que hago. Aunque me apoyan, mi familia y amigos no lo entienden del todo. Quizás debo admitir que envidio un poco a aquellas personas que no necesitan dar explicaciones, esos casos en los que una palabra es suficiente para despejar todas las dudas. Porque «doctora», «contadora» o «empresaria» son respuestas efectivas, con certezas inherentes. Sin embargo, mi sensibilidad y mi pasión por el arte me han condenado a sembrar aún más preguntas cada vez que intento contestar a aquel fatídico pero casual cuestionamiento: "¿a qué me dedico?"

No quiero que se me malentienda; no me quejo en absoluto de la complejidad inescapable de mi oficio. Confío firmemente en el encanto que yace en la incertidumbre, en los enredos y en los collages saturados de ideas y pensamientos. Tal vez haga parte de mi naturaleza: pienso en aquellas tardes de infancia llenas de pasatiempos y manualidades de diversa índole, y recuerdo desde entonces la dificultad que me implicaba explicar qué me gustaba hacer en mi tiempo libre. Porque la respuesta siempre ha sido «todo», porque elegir una afición implicaba matar a todas las demás, y a mí realmente me apasionaba



mucho el mundo como para simplemente aniquilarlo y darlo por sentado, como para ignorarlo y restarle relevancia cruelmente.

Y quizás, al fin y al cabo, la resolución a aquella pregunta ni siquiera sea tan compleja. Sé que le debo a la gente la respuesta larga, a pesar de que, en mi opinión, sea la más aburrida: aquella que explica que estudié Literatura con énfasis en Periodismo en la Universidad de los Andes, mientras hacía otro pregrado de Cine y Televisión en la Universidad Nacional de Colombia, para terminar cursando Producción de cine en la Vancouver Film School, especializándome en Diseño de producción y Cinematografía, y asistiendo igualmente a las clases de Postproducción. Sin embargo, en el fondo quisiera que la respuesta fuera tan sencilla como la percibe mi corazón: mi ocupación es ser la observadora delegada de las pequeñas cosas que muchos ignoran; intérprete de sentimientos, anhelos y fantasías; analista de emociones y desglosadora de personalidades; transformadora de dolores y cómplice de duelos; pintora de imágenes y composiciones existentes; abstractora de conceptos y creadora de signos; ingeniera y ejecutora de sinestesias; investigadora de pasados, presentes y futuros; y asistente de cualquier tarea aleatoria que conlleve al asombro.

Tengo veintidós años, de los cuales llevo dieciocho estudiando. Honestamente no estoy muy segura de cómo es que terminó en donde terminó. Podría alardear de la increíble planeación de mi proyecto profesional y personal, de cómo he decidido cuidadosamente cada nueva travesía académica a la que me someto, pero estaría propagando una gran mentira: la verdad es que es poco el control que tengo sobre mi vida. La mayor parte del tiempo la brisa artística y apasionada que vive en mí arrasa con todo, como levanta las hojas de los árboles en el otoño y les indica por dónde ir; y ellas, acariciadas por el viento, se dejan llevar, a la deriva, expectantes por el lugar adonde van a parar. Y me ha salido bien porque esa brisa se mantiene fresca, acogedora, tibia, vivaz; porque es confiable y curiosa; y, en agradecimiento a mi entrega, me quiere ver triunfar.

Así, mi llamado es a recordar esa chispa que siempre está detrás de nuestras fachadas, a confiar en nuestros impulsos y en los empujes primitivos del cuerpo hacia lo que le hace bien, hacia lo que lo hace brillar.

Textos minificciones

Estudiantes Universidad Antonio Nariño

Marcos Rodríguez*

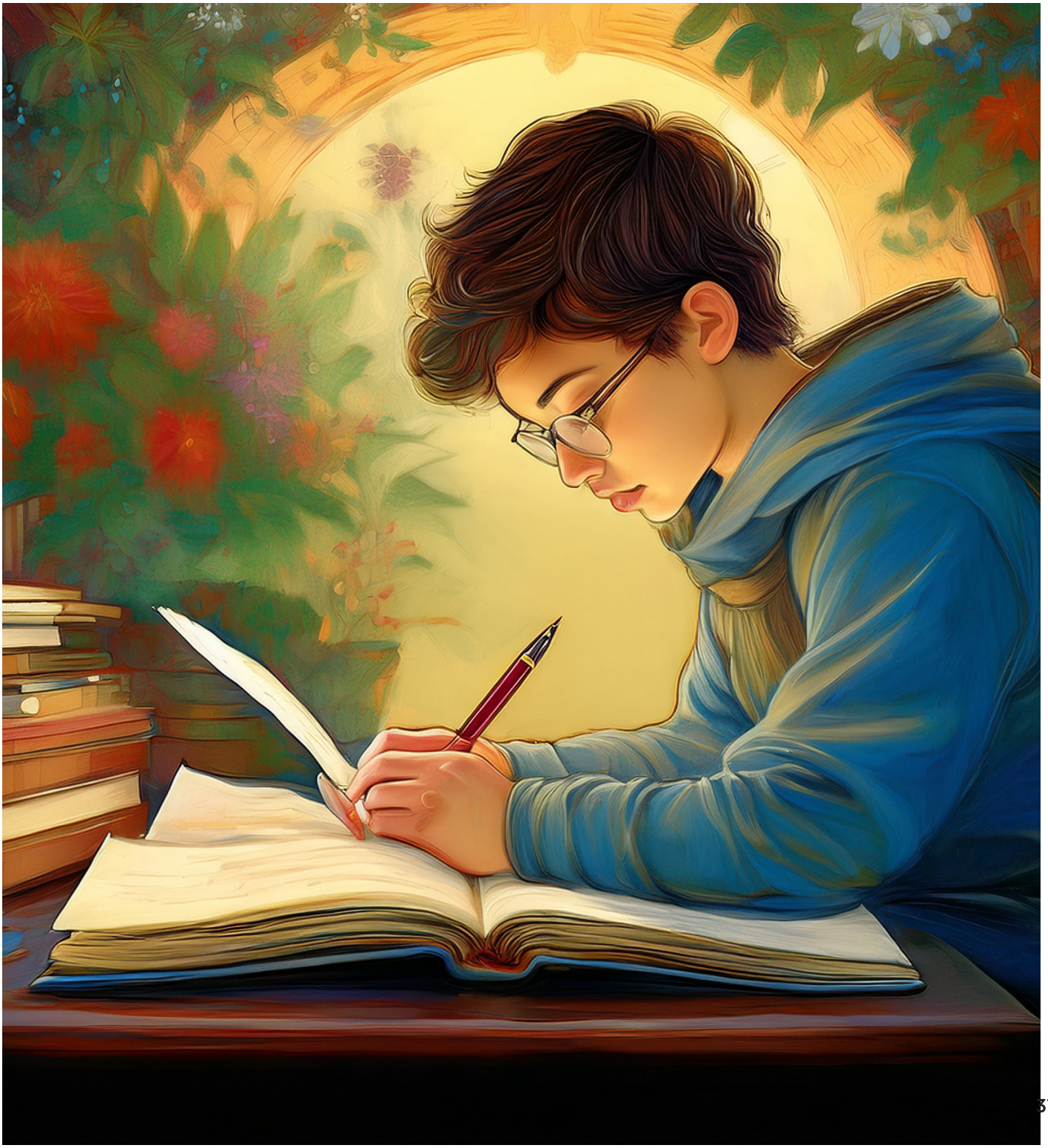
*Abogado, psicólogo, magíster en derecho privado económico, magíster en psicoterapia.

Profesor de asignaturas sociojurídicas y de derecho privado de la Universidad Antonio Nariño, UAN.

***

Estos textos son producto de una clase espejo realizada en el marco de la asignatura Literatura y cultura colombiana de la Licenciatura en Humanidades y Lengua Castellana





Si María sucediera hoy

Efraín se fue estudiar a Bogotá en la universidad Del externado y María se quedó en el Valle, ellos estaban lejos, pero todos los días se veían por videollamada.

Entonces, una noche María le envió un audio a Efraín:
-Efraín, cuando vuelvas prométeme que vamos a ver el atardecer juntos en el mirador de La Calera.

Al día siguiente, su celular en WhatsApp dejó de aparecer "en línea".

Entonces, Efraín tomó el primer vuelo de regreso y cuando llegó encontró a su familia llorando porque María se había muerto.

Entonces, Efraín, muy desesperado, abrió su celular y reprodujo el último audio vez tras vez, y pensó:
"Efraín perdió a María por la distancia y hoy podemos eliminar la distancia con un celular, pero a eso todavía no podemos ganarle al tiempo".

Lina María Benavides Laverde
lbenavides572@uan.edu.co
Derecho
Semestre 2

Efraín vuelve

Efraín se bajó del Transmilenio en la 72 con la maleta todavía con la etiqueta de Avianca. Seis años en Londres estudiando ingeniería y seguía hablando como paisa, cosa que a la abuela le encantaba. Volvía por ella, por María, su prima, criada como hermana en la casa de toda la vida, allá en el norte, entre unos eucaliptos que el cemento no había podido acabar del todo.

La encontró en la terraza, regando las matas, con el celular metido en el bolsillo de atrás del jean y los audífonos colgando del cuello. Se veía igual que en las videollamadas, no había cambiado nada: la misma trenza, la misma maña de morderse el labio cuando algo la ponía nerviosa.

—Ey, llegaste —le dijo ella, tan campante, como si no lo hubiera estado esperando todo este tiempo, sin soltar más palabras.

Los meses que siguieron fueron puro almuerzo familiar los domingos, caminadas por el humedal de Córdoba, y chats de WhatsApp que se les iban hasta las tres de la mañana. Pero de un momento a otro María empezó a fallarle en los paseos, a cansarse subiendo las escaleras como si tuviera setenta años.

—Es anemia —dijo la tía, aunque a leguas se notaba que ni ella se la creía del todo.

A Efraín le había salido una beca para un doctorado en Zúrich, y tocaba escoger entre el tiquete y la sala de espera de una clínica en la 100. Se quedó, obvio. Los exámenes se le fueron amontonando sobre la

mesa del comedor como esos avisos que uno deja sin abrir porque sabe que traen mala noticia.

Una noche de esas en que llueve como solo llueve en Bogotá, María le pidió que le leyera algo, lo que fuera, con una voz que ya casi ni le alcanzaba para hablar duro. Él cogió el celular y, sin saber muy bien por qué, le leyó un pedazo de esa novela vieja que habían visto juntos en el colegio: la historia de otro Efraín, de otra María, de otra despedida que ya se veía venir desde la primera página.

Ella sonrió, cerró los ojos, y afuera la lluvia siguió cayendo sobre una ciudad que no sabe guardar los duelos, solo aplazarlos un rato.

Leidy Melissa Cárdenas Delgado
lcardenas363@uan.edu.co
Derecho
Semestre 4

***

Efraín volvió a la hacienda después de varios años. Aunque todo parecía diferente, caminar por ese lugar le hacía recordar inmediatamente a María. Los árboles, el jardín y hasta los lugares donde solían sentarse seguían despertando recuerdos mientras revisaba unas cosas antiguas, encontró un celular que María había dejado guardado. Por curiosidad, Efraín lo encendió y descubrió que ella había escrito varias cosas en ChatGPT. Al principio le pareció extraño, pero comenzó a leer. María contaba allí todo lo que sentía, sus preocupaciones, sus recuerdos con Efraín y lo mucho que esperaba que algún día pudieran estar juntos sin tener que separarse. Efraín siguió leyendo y sonrió al reconocer algunas de las historias que habían vivido juntos después de unos minutos, dejó el celular y se quedó mirando por la ventana. Pensó que, aunque María ya no estuviera con él, de alguna manera sus palabras todavía seguían allí. Tal vez ella nunca imaginó que, años después, Efraín encontraría aquellas conversaciones y volvería a sentir todo lo que habían vivido antes de irse, guardó el celular y miró por última vez el jardín. Comprendió que el tiempo puede cambiar muchas *cosas, pero hay recuerdos que ni siquiera los años pueden borrar.*

Nicole Gabriela Quintero Rodríguez
nquintero756@uan.edu.co
Derecho
Semestre 4